



Sobre la construcción de identidades políticas: el antiperonismo como articulación opositora (1943-1955)

Pablo Pizzorno¹

Resumen

El conflicto entre peronismo y antiperonismo es señalado con frecuencia como el clivaje más importante de la historia argentina reciente. Sin embargo, la atención recibida por el primero contrasta con la relativa falta de interés que ha suscitado el segundo. En general, dos supuestos aspectos del antiperonismo suelen invocarse frente a esta carencia: su carácter reactivo y su vasta heterogeneidad. No obstante, esos rasgos también podrían aplicarse en sus orígenes al propio movimiento peronista. El surgimiento de una identidad antiperonista en 1945, capaz de articular diversas procedencias ideológicas, no resultó gratuita para sus participantes. Este trabajo reconstruye ciertos debates librados al interior de las fuerzas antiperonistas para ilustrar el proceso de desplazamiento y mutaciones identitarias que enfrentaron estos grupos, cuyas consecuencias trascenderían ampliamente a la primera experiencia peronista que finalizó en 1955.

Palabras clave

Peronismo – Antiperonismo – Identidades políticas

On the construction of political identities: Anti-Peronism as an oppositional articulation (1943-1955)

Abstract

The conflict between Peronism and anti-Peronism is often pointed out as the most important cleavage in recent Argentine history. However, the attention received by Peronism contrasts with the relative lack of interest in anti-Peronism. In general, two supposed aspects of anti-Peronism are often mentioned to explain this lack: its reactive nature and its vast heterogeneity, but both features could also be applied in their origins to the Peronist movement itself. The emergence of an anti-Peronist identity in 1945, capable of articulating various ideological origins, was decisive to its members. This paper analyzes some internal debates of the anti-Peronist parties to illustrate the process of displacement and identity mutations that these groups faced, whose consequences would far transcend the first Peronist experience that ended in 1955.

Key words

Peronism – Anti-Peronism – Political identities

¹ Una versión previa de este texto fue presentada en el III Congreso Latinoamericano de Teoría Social, Buenos Aires, 31 de julio al 2 de agosto de 2019. Agradezco los comentarios allí realizados. IDAES/UNSAM. ppizzorno@gmail.com.

Recibido: 16/1/2023

Aceptado: 20/2/2023

Pizzorno, P. (2023) Sobre la construcción de identidades políticas: el antiperonismo como articulación opositora (1943-1955), *Identidades*, 25(13), 69-91.

Introducción

Es una afirmación recurrente la que señala al antagonismo peronismo-antiperonismo como principal eje de las disputas de la historia argentina reciente. Nacidas a mediados del siglo XX, ambas identidades políticas se proyectaron de diversos modos a lo largo del tiempo, sin significar siempre lo mismo a pesar de conservar su vitalidad. Sus sentidos parecieron reconfigurarse tras la última dictadura militar y la vuelta de la democracia, cuando aquella dicotomía dejó de ocupar una centralidad política excluyente, como por ejemplo, en torno a los sucesos de la crisis de 2001. Sin embargo, la emergencia de la polarización en torno al kirchnerismo reactivó fuertemente algunos rasgos que remiten al conflicto original de los años '40 y '50.

En base a esta centralidad, el peronismo es el objeto por excelencia de las ciencias sociales argentinas y su vigencia se revela no sólo en la recurrente presencia que ejerce sobre la actualidad, sino en los abundantes estudios que se publican regularmente sobre diversos aspectos de ese fenómeno político. Por el contrario, no ha corrido la misma suerte el antiperonismo, a pesar del evidente rol constitutivo que ejerce en dicha dicotomía. En ese sentido, en estas líneas desarrollaremos algunas cuestiones teóricas y metodológicas vinculadas al estudio del antiperonismo como identidad política. Para ello, nos concentraremos en sus orígenes y las trayectorias de las principales fuerzas políticas que formaron parte de aquella identidad durante la primera experiencia peronista (1943-1955).

Si bien existen ciertos trabajos sobre actores que formaron parte de la oposición al peronismo, no hay estudios sistemáticos que aborden al antiperonismo como una identidad política². Posiblemente en esta ausencia hayan incidido dos premisas que nos interesará problematizar: la que considera al antiperonismo un hecho de carácter eminentemente reactivo y, heredada de aquella, la que entiende que, por la heterogeneidad de los actores que lo conformaron, es imposible hablar de *un* antiperonismo. No obstante, a pesar de la constatación de dicha heterogeneidad, aquí se habilitará otro tipo de pregunta: la que examina la convivencia entre una identidad antiperonista amplia y las diversas identidades particulares que la integraron. Así, en base al estudio de los distintos partidos opositores, se planteará un conflicto manifestado de forma transversal a todos ellos: la supervivencia de las respectivas tradiciones partidarias frente a los desplazamientos y mutaciones identitarias que reclamó la participación en la experiencia antiperonista.

El objetivo del trabajo es observar cómo la participación en el campo antiperonista afectó las trayectorias políticas e identitarias de las fuerzas partidarias que lo integraron de forma relativamente estable. Para ello se retomarán, a través de

² Sobre partidos opositores entre 1943 y 1955, véase García Sebastiani (2005), Spinelli (2005), Nállim (2014), Azzolini (2018) y Semán (2022), además de los referidos a cada fuerza en particular que serán citados a lo largo de este trabajo.

fuentes primarias y referencias historiográficas, ciertos debates que reflejan tensiones entre la supervivencias de las respectivas tradiciones partidarias y la adopción de la identidad antiperonista. Un primer aspecto se plantea a partir de la relación con la “justicia social” peronista, que las fuerzas opositoras rechazaron por considerar que se prestaba a la legitimación de un régimen autoritario, a pesar de que varias de aquellas medidas formaban parte de sus programas históricos. Un segundo aspecto se vincula al proceso de radicalización opositora, principalmente a partir de la reelección de Perón en 1951, y el debate al interior de las fuerzas políticas sobre la adopción de estrategias extra-institucionales para enfrentar al gobierno.

¿Uno, dos, tres, muchos antiperonismos?

Es sabido que la mayoría de las fuerzas políticas tradicionales interpretó el ascenso de Perón a través del contexto internacional. Como señala Bisso (2005), desde mediados de la década del '30, una sólida corriente antifascista había tomado fuerza en la política argentina, estableciendo sus intervenciones locales a la luz de sucesos como la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil Española. Esta creciente apelación antifascista no adoptó únicamente un sentido negativo sino que también fue conformando una identidad positiva, marcada por la defensa de la tradición liberal y de la institucionalidad democrática frente a un enemigo construido como la versión local de los totalitarismos europeos de derecha, esto es, un “fascismo criollo”, que podía ser representado tanto por los sucesivos gobiernos conservadores como por los grupos nacionalistas.

Aquella creciente identidad antifascista articuló a diversos sectores políticos en oposición al gobierno militar que regía en el país desde el 4 de junio de 1943, cuando un golpe de estado interrumpió el ciclo de administraciones conservadoras que se había extendido durante la década de 1930. Si bien aquel golpe fue bien recibido en primera instancia por la mayoría de las fuerzas políticas, pronto la expectativa de apertura democrática quedó sepultada. Hacia fines de 1943, el gobierno del general Pedro Ramírez (reemplazado por el general Edelmiro Farrell en marzo de 1944) impuso la enseñanza católica en las escuelas, intervino las universidades y prohibió a los partidos políticos. Junto a la férrea promoción de la neutralidad argentina en el conflicto bélico internacional, estas medidas no dificultaron la continuidad del mote de fascismo por parte de la llamada “oposición democrática” para caracterizar al régimen militar.

En ese contexto, para esos grupos fue inevitable interpretar la emergencia pública de Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión (STP) del gobierno de facto a través de aquellas coordenadas ideológicas. Se trata, como ha señalado Sigal (2002), de un antiperonismo anterior a Perón, en términos de la consolidación de un prisma antifascista predominante en la dirigencia política opositora, replicado en la

alta politización y movilización de clases medias aliadófilas, especialmente tras el fin de la guerra en mayo de 1945.

Sin embargo, la centralidad que cobraría la cuestión social en torno a la figura de Perón y su exitosa interpelación a la clase trabajadora desbordaron el esquema interpretativo que dividía aquella contienda únicamente entre democracia y fascismo. Algunos de los estudios canónicos sobre los orígenes del peronismo dan cuenta de cómo la reacción antiperonista influyó en el inicio de lo que se convertiría en una asociación duradera entre Perón y las clases populares. Para Torre (2011), la oposición patronal al proyecto inicialmente más conciliatorio de Perón, terminó recostando al coronel en el apoyo de la clase obrera y sobredimensionando el lugar de los trabajadores en el movimiento peronista. Esta impronta más popular se manifestó identitariamente en ciertos rasgos de afirmación plebeya del peronismo, como ha señalado James (1990), frente al trato despectivo y estigmatizante que le dispensaron las clases medias y altas tras su aparición en la escena pública.

En ese contexto, la consolidación de una identidad peronista no puede examinarse al margen de los conflictos que suscitó entre sus opositores. Desde sus orígenes, peronismo y antiperonismo se definieron mutuamente en contradicción: uno y otro asumieron rasgos que se consolidaron en base a la contienda con su adversario. Esto relativiza la imagen que otorga al antiperonismo un carácter meramente reactivo, dado que también el peronismo emergente se reafirmó identitariamente en reacción a sus oponentes.

A lo largo de 1945, la cuestión de la unidad de los sectores autodenominados democráticos se convirtió en la principal preocupación de las fuerzas políticas opositoras de cara a las elecciones presidenciales del 24 de febrero de 1946. En noviembre se oficializó la Unión Democrática (UD), la alianza electoral que agrupó a la Unión Cívica Radical (UCR), el Partido Socialista (PS), el Partido Comunista (PC) y el Partido Demócrata Progresista (PDP) y que consagró como fórmula presidencial a los radicales José Tamborini y Enrique Mosca. En cambio, quedaron excluidos los conservadores del Partido Demócrata Nacional (PDN), quienes sufrieron el veto del radicalismo por considerar que su participación en los gobiernos fraudulentos de la década del '30 no los hacía merecedores de integrar el frente electoral.

Durante la campaña electoral, la UD exacerbó el mensaje que apuntaba a la elección del 24 de febrero como una batalla excepcional entre la salvaguarda de la democracia y la amenaza fascista expresada en la figura de Perón. Todas las fuerzas integrantes reiteraron la necesidad de dejar de lados sus diferencias programáticas en pos de una contienda que iba mucho más allá de un mero acto electoral y que dirimiría el modo de vida de los argentinos. En esa clave, el discurso de la UD fundía los ideales de la argentinidad con los de la tradición liberal, estableciendo una línea histórica que recuperaba a los próceres de la Revolución de Mayo y de la Batalla de

Caseros, trayéndolos al presente para invocar la defensa de la democracia y la tradición institucional argentina frente a su amenaza³.

En su reciente ensayo sobre la historia del antipopulismo argentino, donde el antiperonismo tiene un lugar destacado, Semán (2022) identifica en la posición antipopulista un rasgo permanente a lo largo del tiempo: el señalamiento al populismo como una forma defectuosa de integración de las masas a la política moderna. En ese sentido, el autor considera que no hay un antipopulismo sino antipopulismos “frontales, conciliadores, defectuosos, aspiracionales, democráticos, violentos, violentísimos, efímeros”, cuyo único rasgo en común es ver un problema en esa forma de relación entre la política y las masas. No obstante, el autor agrega que la pregunta central de su estudio es “cómo, en el último medio siglo, una forma específica de antipopulismo, de carga liberal y conservadora, se impuso sobre las restantes” (p. 11).

¿Uno, dos, tres, muchos antiperonismos? ¿Uno más importante que otros? ¿Cómo congeniar el dato de la evidente heterogeneidad del conglomerado antiperonista con la relativa unidad que aquí se le atribuye a ese sector como campo político e identitario? La indagación que se propone implica situar a las diversas fracciones antiperonistas en el marco de una articulación que, a través de desplazamientos y mutaciones, avanzó en la conformación de un espacio identitario relativamente común y en una creciente desparticularización del campo no peronista. De este modo, la cuestión de la unidad no se resuelve en una formulación que desconozca la diversidad al interior del antiperonismo, sino en una que reponga aquellos matices internos en función de la dinámica del antagonismo peronismo-antiperonismo.

Para ilustrar diversas formas de lidiar con la heterogeneidad antiperonista, retomaremos en primer lugar el trabajo de Nállim (2014), quien sostiene que la premisa inicial de su estudio sobre los orígenes del antiperonismo se basó en rechazar para éste “la visión homogénea que han ofrecido tanto peronistas como antiperonistas”. En ese sentido, el autor señala que si bien existió un núcleo de ideas comunes que aglutinaron a los sectores opositores a Perón, un análisis más detallado revela distintas trayectorias, ideologías y proyectos de los grupos que se reclamaban como antiperonistas.

Nállim considera, de este modo, que la heterogeneidad fue un rasgo constitutivo del antiperonismo y que aquella fue deliberadamente disimulada por sus integrantes bajo la construcción de una “dicotomía en blanco y negro” en términos de democracia o fascismo. Esta operación, según el autor, puede identificarse ya desde la oposición al gobierno de Ramón Castillo a través de una visión polarizada que en realidad “escondía una realidad mucho más compleja”, no

³ Sobre la Unión Democrática y las elecciones de 1946, véase Bisso (2005), García Sebastiani (2005), Nállim (2014) y Torre (2011).

sólo exagerando la influencia totalitaria presente en aquel gobierno de corte conservador-tradicional, sino también simplificando la unidad del heterogéneo sector antifascista:

Si la imagen de un enemigo homogéneo era una construcción interesada y simplista, lo mismo sucedía con la declamada unidad del frente antifascista proaliado. Un análisis más detallado de los distintos grupos involucrados muestra importantes diferencias y tensiones entre sus miembros que eran intencionalmente desdibujadas. La efectividad del discurso y la capacidad movilizadora de ese frente implicaba necesariamente resaltar los elementos de consenso mínimos - oposición a Castillo y a la Concordancia, defensa de los Aliados y de la tradición democrática liberal argentina, crítica al nacionalismo de derecha y al totalitarismo- y dejar de lado ideas y posiciones que podían entorpecer la unidad de los sectores autoproclamados como democráticos (Nállim, 2014, p. 119).

Aquí, el discurso que acompaña el proceso de confluencia antifascista es situado en un plano instrumental, donde de forma consciente y deliberada, los actores participantes se habrían valido de un relato común que les habría permitido aparentar una unidad sin fisuras, que lejos estaba de concretarse en la realidad. Reiterada en diferentes tramos de la obra, esta mirada parece entender la formación de una identidad política como un fin en sí mismo, ubicándola en un plano estratégico que podría asimilarse a una simulación.

Esta idea, que de alguna manera considera a la identidad como una simple máscara, no obstante, nos recuerda una advertencia formulada por Altamirano (2011), cuando afirma que “una máscara política no es nunca sólo una máscara: usar una máscara nos enlaza a una red simbólica, que es también una red de posiciones, de pertenencia y de conflicto, de filias y de fobias, es decir, define el lugar que ocupamos en la trama intersubjetiva. Nos hace ser lo que al comienzo actuamos como un papel” (p. 164).

Esto no quita, desde luego, que exista una dimensión estratégica de la acción. Sin embargo, como señala Barros (2011), ella no puede entenderse como un medio para la consolidación de una identidad colectiva. Por el contrario, agrega el autor, las identidades nunca son un fin en sí mismo, sino que son fijaciones parciales de sentidos y significados que se van generando en la relación y articulación otras identidades.

En ese sentido, el proceso de confluencia antifascista y luego antiperonista, antes que situarse en el terreno de la contradicción entre una “construcción interesada y simplista” y una “realidad mucho más compleja”, es precisamente asimilable a determinados componentes que forman parte del arduo camino de elaboración de una identidad política común: la adjudicación de un adversario común y el establecimiento de una solidaridad mutua a pesar de los matices y diferencias entre sus miembros. Se trata, en definitiva, de un proceso de articulación política -y, por ende, discursiva- que transforma a todos los actores participantes, en la medida que su amalgama altera las trayectorias y pertenencias previas.

Por otro lado, es preciso recordar que la heterogeneidad no fue patrimonio exclusivo del antiperonismo. La evidencia histórica indica que el peronismo articuló en sus orígenes a una importante variedad de actores políticos y sociales, a pesar de que generalmente se lo haya reconstruido de forma unívoca y homogénea. Aquellos primeros trabajos de Germani, concentrados en el rol de los migrantes internos y en el área metropolitana, dieron paso a otros estudios -fundadores de nuevas líneas de investigación- que, por ejemplo, han destacado el papel de los viejos sindicatos en la formación del laborismo (Torre, 2011) o las diversas características que adquirió el peronismo en el interior del país, más vinculado a “factores tradicionales” como oligarquías provinciales o viejas máquinas políticas conservadoras (Macor y Tcach, 2003). Desde diferentes enfoques, hace tiempo que los estudios disponibles permiten concluir que el peronismo se constituyó como movimiento político en un contexto de significativa heterogeneidad y ello, desde luego, no ha sido un impedimento para analizar su emergencia como nueva identidad política.

El antiperonismo como identidad política

Nos hemos referido a la progresiva confluencia del campo antiperonista como un proceso de articulación política. Articulación, para Laclau y Mouffe (2010, p. 142), es toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de estos resulta modificada como resultado de esa práctica. Con esta definición puede empezar a pensarse cómo la progresiva construcción de una solidaridad común, a partir del proceso de “diferenciación externa y homogeneización interna” de toda identidad política que describe Aboy Carlés (2001), alteró las trayectorias de las identidades particulares que formaron parte de la experiencia.

Son tres las dimensiones analíticas que Aboy Carlés indica para el estudio de las identidades políticas: la alteridad, como los límites que las diferencian relacionalmente de otras identidades; la representación, en tanto símbolos ideológicos cohesivos de una identidad; y la perspectiva de la tradición, donde la interpretación del pasado y la construcción del futuro deseado se conjugan para dotar de sentido a la acción presente. Si, retomando lo visto sobre el antifascismo

local, el establecimiento de una frontera demarcatoria frente al “fascismo criollo” fijó un límite respecto a un enemigo común; la adopción de la causa “democrática” proveyó el principio articulador que dotó de sentido a la unidad antifascista; y, finalmente, la inscripción de dicha identidad en el linaje de la tradición liberal conectó la gesta presente con un relato coherente del pasado argentino, tenemos allí los primeros indicios para dar cuenta del proceso de desparticularización y de unidad relativamente estable de los diversos grupos que formaron parte de la conformación de la identidad antiperonista.

Este proceso no implicó la disolución de las identidades particulares que adhirieron al campo antiperonista. Por el contrario, la confluencia opositora habilitó una tensa coexistencia entre sus diversas pertenencias y la solidaridad común. Dicha tensión puede graficarse con la díada equivalencia/diferencia que también proviene de la teoría laclausiana. Para nuestro caso de estudio, las distintas identidades no peronistas (radicales, socialistas, comunistas, etc.), escindidas diferencialmente, construyen entre sí un lazo equivalencial respecto al peronismo, frente al cual trazan una frontera antagónica que lo vuelve un exterior constitutivo. Pero las diferencias entre las distintas fuerzas no peronistas continúan operando dentro de esta cadena, donde se mantiene una relación de tensión entre ambas lógicas (es decir, la que las diferencia originalmente y la que las agrupa frente al campo peronista). El lazo equivalencial, dice Laclau (2005), puede debilitar, pero no domesticar la diferencia, que continúa operando dentro de la equivalencia.

Ahora bien, nuestro interés radica en profundizar sobre la relación entre las diversas trayectorias particulares y su pertenencia a la experiencia antiperonista. ¿De qué manera se integraron y cómo afectó a sus respectivas identidades? Aboy Carlés y Melo (2019) proponen el uso de la categoría *sobredeterminación* para dar cuenta de la fuerza o intensidad con que cada uno de estos momentos (como Laclau y Mouffe designan a los elementos articulados) es incorporado a una cadena equivalencial. En ese sentido, los autores proporcionan un ejemplo que nos resulta particularmente útil: la formación de una identidad antifascista y partisana en Europa no supuso la disolución de las identidades particulares que la integraron, como socialistas, comunistas o cristianos de izquierda. El antifascismo, como expresión del conjunto antagónico al fascismo, no es una entidad meramente reactiva. Se trata, dicen Aboy y Melo, “de una identidad que puede desarrollar su propia positividad a partir de la influencia de unos momentos sobre otros, y del conjunto sobre cada uno, en ese común antagonizar” (p. 33).

En otras palabras, la articulación política se produce en torno a determinados símbolos y palabras que sintetizan ciertas aspiraciones comunes de los grupos participantes. Estos significantes privilegiados imprimen el sentido prioritario que adquiere la articulación, digitan las coordenadas donde debe realizarse el agrupamiento y, a la vez, implican a sus integrantes en cierta orientación

predominante. En el caso de los antiperonistas agrupados en la UD, uno de los significantes privilegiados indudablemente fue “democracia”, pero su sentido no se agotó únicamente en la literalidad del término. También la convocatoria a la “normalización” operó en la coyuntura de 1945, sobre todo antes de la campaña electoral, como un punto de articulación para la constitución del incipiente campo antiperonista (Autor, 2018).

Desde luego la premisa básica de la articulación antiperonista era el rechazo al peronismo, por lo que en principio esta podría encuadrarse en lo que Rosanvallon (2007, p. 181) llama una “coalición reactiva”. Para el autor francés, este tipo de coaliciones son más fáciles de organizar y pueden ser indiferentes a su heterogeneidad, ya que no necesitan ser coherentes para cumplir su cometido. Sin embargo, una identidad nunca es sólo negativa y, como se verá, la definición de sus rasgos positivos no se manifestó sin tensión entre las distintas fuerzas integrantes y hacia el interior de las mismas.

Como afirma Bisso (2005), a pesar de su definición inicial como una negatividad, “el antifascismo argentino irá conformando también una identidad positiva, caracterizada por ciertas confluencias, a la que los diferentes grupos que la sustentan no podrán dejar de apelar si desean participar de ese discurso unificador” (p. 55). En efecto, todos los partidos políticos hicieron gala de sus credenciales democráticas y aliadófilas, recordando incluso viejas propuestas de alianzas frustradas en años anteriores (García Sebastiani, 2005). El requisito “democrático” también fundamentó el veto de los radicales a los conservadores para integrar la UD.

¿Qué implicó, en ese sentido, para las trayectorias identitarias de las fuerzas políticas tradicionales formar parte de la experiencia antiperonista? Si una articulación es una relación que modifica a las identidades que la experimentan, podríamos afirmar que toda articulación conlleva una pérdida, en la medida que dos o más identidades particulares que se relacionan entre sí, ya no son las mismas que eran antes de la práctica (articulatoria) que las vincula. De este modo, todo proceso de identificación es, al mismo tiempo, uno de desidentificación. Estos desplazamientos y mutaciones identitarias no se manifestaron de forma “gratuita” entre sus diferentes participantes.

En su estudio sobre las clases medias de los años setenta, Carassai (2013) dice que tras el surgimiento del peronismo, la mayor parte de ellas nutrió una “sensibilidad” antiperonista, donde confluyeron diversos sectores políticos. En ese sentido, a pesar de que tras la caída de Perón, aquel antiperonismo original abrió paso a un “no peronismo” más matizado, el autor afirma que “la identidad política de una buena parte de las clases medias permaneció condicionada por aquella sensibilidad estructurada en torno a su distinción del peronismo” (p. 23). El término “sensibilidad” parece querer aludir a una pertenencia amplia donde caben diferentes identidades particulares. En un sentido similar, Pasolini (2013) se refiere a la

sensibilidad antifascista de los años treinta -de modo intercambiable a “identidad” o “cultura política”- para denominar a ese clima de ideas predominante que afectó a diversos sectores políticos e intelectuales.

Desde nuestra perspectiva, no parece haber motivos para evitar llamar identidades a estas “sensibilidades” más amplias que reúnen a diversas trayectorias políticas. De este modo, la identidad antiperonista podría ser concebida como una continuación de la identidad antifascista-liberal de los años '30, al menos en el sentido de agrupar a una pluralidad de grupos en torno a determinados consensos básicos, sintetizados en su rechazo a la experiencia peronista.

Desde luego, se trata de una identidad que, como todas, no se mantiene fija en el tiempo y se reconstituye permanentemente, incluso en la relación con el que fuera su exterior constitutivo original. Así han existido, dentro del antiperonismo, diversos modos de comprender y asimilar a lo largo del tiempo el fenómeno peronista. En toda identidad se registran regularidades entre distintos procesos de identificación, donde conviven elementos heterogéneos, sin ninguna lógica *a priori*, es decir, de forma contingente y no esencial.

La relación entre las diversas identidades particulares con aquella identidad antiperonista que las articula permite analizar de otra manera la cuestión de la heterogeneidad de dicho campo. Tomando sus distintas trayectorias, podría plantearse una distinción de forma transversal a todas ellas: el ímpetu con que aquellos grupos asumieron la causa antiperonista como la principal bandera por la que se justificaba suspender o postergar algunos de sus antiguos elementos programáticos. En otras palabras, se trata de examinar el grado de intensidad con el que estas identidades particulares fueron *sobredeterminadas* por la identidad antiperonista.

En todas las fuerzas políticas opositoras surgieron tensiones y reacciones de sectores internos en relación al reacomodamiento ideológico que suponía la experiencia antiperonista. Más allá de los grupos que saltaron al peronismo, que también hubo, y que revelan las porosidades de esa frontera identitaria, se trata de sectores que permanecieron hasta 1955 en la oposición y que no necesariamente protestaban abiertamente por el “antiperonismo” de sus respectivas dirigencias, sino por ciertas alteraciones discursivas generadas al calor de la confrontación con el peronismo como eje prioritario de la intervención política. Mencionaremos algunos casos puntuales de los partidos opositores entre 1943 y 1955 a modo de ejemplo.

El antiperonismo frente a la “justicia social”

Un tópico ilustrativo respecto a la inflexión de las trayectorias antiperonistas es la relativa a la cuestión social. Como se ha narrado en extenso, la “justicia social” ocupó un lugar prioritario en el discurso peronista de cara a las elecciones del 24 de

febrero de 1946. Su plasticidad conceptual le permitía, como ha apuntado Aboy Carlés (2001, p. 131), aparecer al lado de las reformas sociales como una consigna de dicotomización del espacio político, y al mismo tiempo podía ser un llamado a la conciliación social, como las tantas veces que se empleó como término antagónico a la “lucha de clases”.

Frente a una campaña peronista dominada por la justicia social, el frente opositor opuso un relato que intentó reapropiarse de aquel concepto bajo el predominio de la normalización institucional y la democracia. El motivo era evidente: las políticas sociales implementadas desde la STP no dejaban de estar sancionadas bajo un gobierno de facto que la UD había condenado en extenso y a cuya legitimación estas medidas se prestaban peligrosamente. Por otro lado, muchas de estas políticas ya habían sido propuestas por las fuerzas opositoras en sus plataformas electorales o como proyectos de ley en el Congreso. En ese sentido, muchas de las referencias de los dirigentes antiperonistas apuntaron en realidad a desmarcar las políticas sociales de la intervención peronista, intentando no oponerse a las medidas en sí mismas, sino a su instrumentación por parte del gobierno de facto.

Por lo tanto, a lo largo de la campaña electoral, los principales referentes de la UD reiteradamente intentaron dejar en claro al electorado que su triunfo no abortaría las mejoras sociales, sino que, por el contrario, la verdadera justicia social sólo podría ser efectiva en un marco “verdaderamente democrático”, es decir, sancionada como ley del Congreso y no por decretos de facto, con sindicatos que fueran libres y no apéndices del gobierno, y, sobre todo, nunca utilizada como demagogia electoralista previa a los comicios de febrero. La verdadera justicia social, para la UD, no podía ser el combustible que prolongara la vida de la dictadura.

Esta idea aparece claramente sintetizada por el demócrata progresista Juan José Díaz Arana en su alocución en el acto de lanzamiento de la UD. Allí, respecto a Perón, diría:

Su programa es la justicia social. Pero aclaremos este concepto. La justicia social es, ante todo, justicia, y un gobierno de tipo nazifascista es la negación de la justicia. Yo no concibo la justicia social fuera de la democracia, y el gobierno surgido de la revolución del 4 de junio es la antítesis del régimen democrático. No hay justicia sin libertad. Y el gobierno revolucionario ha desconocido todas las libertades⁴.

⁴ *La Prensa*, “El mitin de la Unión Democrática reunió a una compacta y entusiasta multitud que rebasó la Plaza Congreso”, 9 de diciembre de 1945, p. 9.

Así como, para Perón, la cuestión social ocupó un lugar determinante en su formulación de la idea de democracia -sin la cual, esta se volvía una cáscara vacía, una democracia aparente, como endilgaba a sus opositores-, para la UD, la sobredeterminación ejercida por el predominio de la cuestión “democrática” situaba a la cuestión social bajo su influencia: no podía, para el campo antiperonista, ser convalidada una “justicia social” al servicio de fines antidemocráticos. Esta diferencia de status entre la función que dicho significante adquirió en ambos discursos ha sido distinguida por Groppo (2009, p. 55) como la diferencia entre una visión condicionada y otra incondicionada de la “justicia social”.

A pesar de los esfuerzos para no asumir una posición en contra de la “justicia social” en sí misma, la posición antiperonista fue inevitablemente afín a la ofensiva empresaria que desde mediados de 1945 se lanzó abiertamente contra las medidas implementadas desde la STP. Lo mismo sucedió cuando, dos meses antes de las elecciones presidenciales, el gobierno de facto incorporó por decreto la obligación del pago del aguinaldo que fue rechazado por un *lockout* patronal que se extendió durante varios días (Autor 2018). En ese marco, la posición de la UD reveló una conducta favorable al reclamo empresario, que sin dudas repercutió en su relación con los sectores obreros y populares y que, como afirma Torre (2011, p. 213), haría difícil distinguir entre las libertades políticas exaltadas por la UD y los privilegios que se arrogaban los sectores patronales.

El triunfo electoral de Perón no promovió entre los partidos opositores, con algunas pocas excepciones que serán referidas a continuación, un cambio de postura frente a las reformas sociales. Por el contrario, para estos actores, prácticamente todas las políticas públicas adoptadas por el gobierno se interpretaban como la consolidación de una dictadura o de un *unicato*. Allí también entraban aquellas que, en coincidencia con el clima ideológico mundial de la posguerra, impulsaban un mayor intervencionismo estatal en la economía. Algunas de estas medidas, promovidas por Farrell antes de la asunción de Perón, como la nacionalización del Banco Central y la creación del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), fueron denostadas por buena parte de la oposición por considerar que formaban parte de una tendencia centralizadora y autoritaria. De igual modo, el Plan Quinquenal presentado en octubre de 1946 también fue visto en líneas generales como la confirmación de una matriz totalitaria, a pesar de que varias iniciativas allí incluidas podían tranquilamente haber formado parte de sus programas históricos (Autor 2018).

En definitiva, lo que se verifica en la coyuntura posterior al triunfo de Perón es un modo predominante de ejercer la oposición política concentrado en la denuncia del autoritarismo gubernamental y en la defensa de las libertades públicas. Desde luego, el desarrollo de la faceta centralista y autoritaria del gobierno, por ejemplo a través del cierre de publicaciones opositoras como *La Vanguardia* o *Provincias*

Unidas, favoreció este tipo de crítica, permitiendo la consolidación de un discurso opositor útil para estocar al peronismo toda vez que este, a lo largo del período, tensó los límites del marco democrático. No obstante, mucho más difícil resultó para las fuerzas antiperonistas competir con las credenciales redistributivas del gobierno.

Socialistas y comunistas frente al peronismo (y al antiperonismo)

Como se dijo anteriormente, en la relación entre los distintos grupos participantes se van definiendo las coordenadas ideológicas donde se realiza la articulación y donde se fijan los elementos centrales de la nueva identidad. En esa tarea, por diferentes motivos, algunos grupos pueden resultar más influyentes que otros. En el caso del antiperonismo, es evidente la influencia del antifascismo “liberal-socialista” como gran animador ideológico de la UD y luego del discurso opositor al gobierno de Perón. Allí cumplió un papel relevante el socialismo, que, como han señalado varios autores, a pesar de su pequeño caudal electoral mantenía una influencia destacada en diversos círculos políticos e intelectuales (Herrera, 2016; García Sebastiani, 2005).

En el mismo sentido, Altamirano (2011, p. 20) afirma que, a pesar de que el radicalismo fue el partido más importante de la oposición desde el punto de vista político entre 1946 y 1955, ideológicamente, sin embargo, el gran antagonista del peronismo fue el alineamiento socialista-liberal. Su referente político e intelectual, Américo Ghioldi -señalado por Altamirano como el “contradictor continuo de Perón” y símbolo del antiperonismo más radicalizado- reconocía en 1950 que no sabía explicar bien cómo el PS se había convertido en “un maestro de la inteligencia política nacional”. De este modo, afirmaba: “La influencia de nuestro Partido no se mide exclusivamente por su valor numérico en las elecciones, pues es fácil advertir que nuestros criterios y puntos de vista se expanden hacia otras capas y otros partidos, aunque no los toman en todos los casos en su significación original y orgánica” (Ghioldi, 1950a, p. 159).

Seguramente el socialismo haya sido la fuerza política que experimentó de forma más homogénea una postura de oposición radicalizada al gobierno de Perón. No obstante, aquella trayectoria profundizó la línea liberal del partido, postergando la lectura económica y social en función de una matriz ética y civilizatoria, cuyo principal exponente era Ghioldi (Altamirano, 2002; Herrera, 2016; Martínez Mazzola, 2011a). En ese sentido, hacia 1950, la dirigencia partidaria enfrentó el reclamo de un sector liderado por Julio V. González que cuestionó a la clave antitotalitaria como el eje central de la política socialista. En el XXXII Congreso del PS, González criticó el abandono del “programa máximo” del partido y de su discurso dirigido principalmente a la clase obrera. Si bien esta disidencia no mantenía diferencias

significativas de caracterización sobre el peronismo, es evidente que era consecuencia directa de la participación del PS en la experiencia antiperonista.

La respuesta de Ghioldi al planteo de González fue muy ilustrativa. En primer lugar, admitió que una crítica recurrente que le hacían era que, cualquiera fuera el tema de debate, él siempre terminaba atacando a Perón. Sin embargo, el referente socialista dio a su antiperonismo un estatus central, asegurando que en la realidad argentina se movían muchos procesos de naturaleza encontrada, pero que el PS discernía “entre todos ellos cuál era el hecho o factor dinámico y actuante que en esta hora determina o condiciona esencialmente las otras manifestaciones argentinas”. En aquella jerarquización de Ghioldi, su conclusión era terminante: “El factor dinámico y preponderante es el régimen totalitario; por eso, el objetivo dinámico y actuante del Partido Socialista está en la demolición teórica y práctica del régimen” (Ghioldi, 1950b, p. 23).

Desde la izquierda, los comunistas se diferenciaron fuertemente del antiperonismo radicalizado del PS y, en general, su relación con la “oposición democrática” fue más bien conflictiva (Amaral 2008, Altamirano 2011, Petra 2017, Autor 2020). Si bien el PC había sido un entusiasta promotor de la UD, tras la derrota electoral fue el único de sus integrantes que realizó una suerte de autocritica. En su XI Congreso de agosto de 1946, reconoció ciertos cambios del gobierno de Perón respecto al régimen militar de 1943, principalmente en lo relativo a su base obrera y popular. De allí en más, el comunismo ensayó un dificultoso lugar de enunciación política que se basaba en “apoyar lo bueno y criticar lo malo” del gobierno, principalmente con el objetivo de interpelar a las bases peronistas, a la espera de que ese vínculo decantara en el anhelado reencuentro de los trabajadores con su partido de clase. El PS, por su parte, no tardó en acusar recibo de la vieja rivalidad con el PC y adoptó el calificativo de “totalitarios” para criticar tanto a peronistas como comunistas (Martínez Mazzola, 2011b).

Si bien el comunismo llegó a expresar fuertes críticas al gobierno peronista, se mantuvo a prudente distancia de lo que caracterizaba peyorativamente como “oposición sistemática”. En ese sentido, su verdadera incomodidad fue con la dicotomía que ordenó a la política argentina cada vez más en torno al conflicto peronismo-antiperonismo, un antagonismo que para el comunismo no reflejaba la potencialidad política de la clase obrera. Así lo visualizaba el líder del partido, Victorio Codovilla, en 1948:

Entonces, las fuerzas democráticas y progresistas y las reaccionarias y proimperialistas que se encuentran en uno y otro campo -en el del peronismo y en el de la oposición sistemática- han de separarse de más en más para ir reagrupándose en el frente político que mejor responda a su

manera de pensar y que mejor defiendan sus intereses económicos-sociales y los de la Nación (Codovilla, 1972, p. 189).

Esta lectura situó al comunismo en un lugar político complejo y difícilmente estable dentro del campo antiperonista, que integró de forma conflictiva y al cual nunca se asimiló completamente. La hostilidad del gobierno con los partidos opositores lo acercó a sus antiguos socios en la defensa de las libertades públicas y la crítica al “Estado corporativo de tipo fascista” que acuñó como descripción del régimen. Sin embargo, se distanció una y otra vez de la “oposición sistemática”, que no dudaba en inclinarse a discursos más conservadores en pos de atacar al peronismo.

Así también el PC se diferenció del proceso de radicalización opositora manifestado a partir de la segunda presidencia de Perón y de la exploración de la salida militar, que juzgó afín a los sectores de poder económico que anhelaban “un gobierno dictatorial abierto, que deje de lado toda demagogia social y que, por lo tanto, no esté colocado bajo la presión de las masas”⁵. En definitiva, como una suerte de variable independiente difícil de encasillar en ambos campos de la polarización, el testimonio del PC también contribuye a revelar ciertas transformaciones identitarias y sacrificios programáticos que reclamaba la experiencia antiperonista.

Abstención y radicalización: los debates internos de radicales y conservadores

El proceso de radicalización opositora que se desarrolla a partir de 1951 ilustra con claridad cómo la sobredeterminación antiperonista afectó de modo transversal a todas las fuerzas políticas contrarias a Perón. Así, los dilemas de la tensión entre lo particular y lo común se perciben mejor observando las rivalidades internas de los partidos, donde sectores de trayectorias ideológicas muy diversas experimentaron debates similares en los últimos años del gobierno peronista. Este es el caso de los radicales y conservadores tras la reelección de Perón en noviembre de 1951.

Después de la fallida experiencia de la UD en 1946, el radicalismo se convirtió en el principal partido opositor y en el único con representación legislativa y caudal electoral relevante. Sin embargo, mientras asumía el protagonismo de la oposición antiperonista, sus diferentes tendencias libraron una fuerte disputa al interior del partido.

La derrota de la UD repercutió fuertemente en la vieja dirección partidaria, sin un liderazgo claro desde la muerte de Marcelo T. de Alvear en 1942. Frente a ella se habían erigido los sectores autoproclamados intransigentes, que reivindicaban la tradición yrigoyenista y tenían una referencia importante en Amadeo Sabattini, quien

⁵ Partido Comunista, “A propósito del discurso del General Perón invitando a los trabajadores a formar un FRENTE POPULAR UNIDO para desbaratar los planes de la conspiración oligárquico-imperialista”, 25 de abril de 1952, p. 4.

gobernaba la provincia de Córdoba desde 1935, y también un sector bonaerense de peso donde se destacaban Ricardo Balbín y Moisés Lebensohn. Bajo el paraguas del Movimiento de Intransigencia y Renovación (MIR) se habían asociado distintos grupos radicales opuestos a la conducción partidaria, a la que despectivamente llamaban “unionista” por su vocación aliancista con otros partidos. De este modo, además de oponerse a la formación de la UD, se resistían a que la prédica democrática relegara en el discurso opositor las temáticas sociales y económicas.

Aquella negativa de los intransigentes a conformar un frente electoral les valdría, además de la intensa puja con sus correligionarios unionistas, el rechazo del resto de los partidos opositores y de la prensa aliadófila, que a lo largo de las negociaciones de 1945, se encargaron de denostar a la intransigencia radical como colaboracionista, filonazi y peronista. Se la emparentaba con los grupos radicales que se habían unido al peronismo -denominados UCR Junta Renovadora-, aunque en realidad los propios intransigentes denunciaban en sus documentos a estos sectores “colaboracionistas” que habían decidido apoyar la candidatura de Perón y que aportarían al correntino Hortensio Quijano como su compañero de fórmula. Otro motivo de ataque era el secreto a voces que vinculaba a Sabattini con el gobierno de facto, particularmente con el general Eduardo Avalos. Por ese motivo, al celebrar finalmente el demorado acuerdo opositor, el unionista Mosca criticó a quienes demostraban una actitud de intransigencia con la UD pero no con el gobierno⁶.

Tras la derrota de la UD, el MIR profundizó su cruzada contra el liderazgo unionista, acusando a la dirección partidaria por la responsabilidad del fracaso electoral. La intransigencia argumentaba que, en su idilio democrático y antifascista con otros sectores de la oposición, los unionistas habían traicionado los principios radicales y permitido que aquellas consignas históricas fueran apropiadas por el peronismo, cuyo triunfo sólo había sido posible a partir de este extravío de la identidad radical.

De este modo, en la posición intransigente se denotaba el esfuerzo por disputar dos sentidos: el de *lo radical*, acusando a la dirección unionista de haber falseado la línea histórica del partido; y a la vez el de *lo popular* frente al peronismo, asegurando que su triunfo circunstancial se debía a un usufructo de consignas que eran originalmente radicales y que el gobierno no llevaba verdaderamente a cabo.

Los intransigentes finalmente accederían a la conducción del partido a inicios de 1948⁷ y de este modo quedaría planteada la paradoja de que la principal expresión de la oposición compartiera un registro de muchas similitudes, no sólo programáticas sino también de discurso político, con el peronismo gobernante⁸. Como ha dicho Aboy Carlés (2001, p. 138), pocas veces en nuestra historia política se

⁶ *La Prensa*, “La mesa directiva de la Unión Cívica Radical acordó anoche la unión con las fuerzas democráticas”, 15 de septiembre de 1945, p. 9.

⁷ Sobre el ascenso del MIR a la conducción partidaria, véase Tcach (2006), Persello (2007), García Sebastiani (2005) y Del Mazo (1957).

vivieron enfrentamientos políticos tan extremos y pocas veces, sin embargo, hubo mayores coincidencias entre los contendientes.

Sin embargo, la dinámica del antagonismo con el peronismo dificultaría las pretensiones programáticas de la nueva dirigencia radical, incapaz de evitar que la discusión pública fuera volcando progresivamente a los radicales hacia un discurso orientado principalmente a la denuncia del creciente autoritarismo gubernamental. Como afirma Altamirano (2002, p. 250), ante la modalidad que adquirió el juego político, el radicalismo asumió menos el papel de partido de centroizquierda que indicaban sus documentos programáticos que el de partido liberal-democrático enfrentado a un régimen popular y autoritario.

Tras la reelección de Perón, para la dirección intransigente quedaría planteada la paradoja de que, en paralelo al despliegue de un programa de reformas cada vez más audaz, su base electoral se nutría fundamentalmente del voto cerrilmente antiperonista de las clases medias que veían en la UCR a la única fuerza capaz de rivalizar con el oficialismo. Al respecto ironizó Halperín Donghi, cuando dijo que aquel electorado conservador dispuesto a aplaudir a los candidatos radicales, mostraba una disposición mucho menor a escucharlos (2006, p. 137). De este modo, a partir de las elecciones de 1951, como indica García Sebastiani, la UCR se convirtió en el partido de los antiperonistas (2005, p. 246) y concentró los votos opositores casi en su totalidad⁹.

En paralelo, a partir de la segunda presidencia de Perón, los unionistas -que sumaron el apoyo del sector de la intransigencia liderado por Sabattini- se enfrentaron fuertemente con la conducción partidaria en reclamo de la adopción de la abstención electoral y el abandono de las bancas parlamentarias, con el propósito de desconocer la legalidad del gobierno. Dicho planteo alentaba la unidad de toda la oposición en torno a la abstención, cuyo subtexto era en realidad la conspiración militar con los sectores disidentes de las Fuerzas Armadas. En la antesala de las elecciones de 1951, el sector unionista ya había propuesto la comunión de todos los grupos internos en lucha abierta contra el peronismo:

⁸ Sobre las similitudes discursivas entre la intransigencia radical y el peronismo, véase Azzolini y Melo (2011).

⁹ La dirección radical era plenamente consciente de la necesidad de captar el voto antiperonista y en la campaña de 1951 se concentró en denunciar principalmente las restricciones a las libertades públicas por parte del régimen peronista. Si bien la Convención Nacional había aprobado como programa electoral las "Bases de Acción Política" -documento doctrinario elaborado por la intransigencia en 1947-, la plataforma final incorporó enmiendas dirigidas al resto de los votantes opositores. En ella se incluyeron como tres primeros puntos referencias a la recuperación de la libertad, la democracia y la moral, además de omitir la defensa a la ley 1.420 que reglamentaba la enseñanza laica, expresamente mencionada en las "Bases", en un guiño dirigido a los votantes católicos (García Sebastiani, 2005: 248; Babini, 1984: 78). Recién en los últimos años de Perón en el gobierno, el discurso intransigente encontró mayores posibilidades para estocar al peronismo por sus concesiones en materia económica.

Sólo nos mueve el deseo de vigorizar la acción del partido en su lucha contra el régimen imperante. Esta hora es de combate y cualquier discrepancia de orden programático que pudiera diferenciarnos, debe diferirse hasta que hayamos logrado el restablecimiento de las instituciones de la República, móvil éste en el que entendemos que no puede haber discrepancia¹⁰.

Para el MIR, sin embargo, esa política implicaba la disolución del radicalismo en un frente abstencionista sin más puntos en común que un antiperonismo acérrimo, que no expresaba el énfasis programático de su propuesta. Con el fin de dar visibilidad a ese contenido doctrinario, la intransigencia defendió la permanencia en las pocas bancas parlamentarias que le quedaban¹¹, preservando dicho ámbito de participación institucional a pesar de las duras críticas que sostenía frente al gobierno. Fue Lebensohn, poco antes de su muerte en 1953, el vocero de la llamada “línea combatiente” en la convención partidaria “frente al reclamo de los que quieren aplicar a todos, indiferenciadamente, la norma niveladora de la abstención”, mostrándose contrario a quienes proponían aliarse tácitamente “con sectores políticos incompatibles con nuestra doctrina” (Del Mazo, 1957, p. 188), en alusión a los conservadores, que acababan de adoptar la abstención electoral.

Precisamente los conservadores experimentaban al mismo tiempo un pleito similar en torno a la abstención electoral. Allí, frente al sector tradicional del partido con bastión en la provincia de Buenos Aires -más identificado con los gobiernos fraudulentos de la década de 1930-, había surgido un grupo renovador de perfil más liberal, y también más celosamente antiperonista, con base en la provincia de Córdoba. Estos sectores habían rechazado el entendimiento con Perón en 1953, cuando la dirección conservadora se prestó a las gestiones de “convivencia” propuestas por el gobierno como gesto de descompresión política, a cambio de lograr la liberación de dirigentes encarcelados como Federico Pinedo.

Frente a las elecciones a vicepresidente celebradas en 1954 (a causa de la muerte de Hortensio Quijano), el grupo abstencionista profundizó su reclamo y acusó a la vieja guardia partidaria de ser funcional a la “legalización del gobierno” con su concurrencia electoral. Es significativa la respuesta de este sector, porque en la defensa de su conducta hay una apelación a la propia tradición conservadora frente a la radicalización de sus adversarios internos. Así, el tucumano Eduardo Paz afirmó que “jamás los partidos conservadores han jugado a la carta de la catástrofe” y que

¹⁰ *La Nación*, “Unión Cívica Radical: las gestiones en favor de la unidad partidaria”, 10 de mayo de 1951, p. 5.

¹¹ De los cuarenta y cuatro diputados nacionales que la UCR tenía en 1946, hacia 1955 conservaba apenas doce. En este aspecto también influyó la reforma del sistema electoral aplicada en 1951 que perjudicó netamente al radicalismo. La arbitrariedad fue particularmente pronunciada en la Capital Federal, donde un extravagante diseño de las circunscripciones procuró neutralizar las zonas de mayor densidad del voto radical.

“toda nuestra tradición partidaria nos enseña que hay buscar la paz cuando ella es posible”. Desde una mirada pragmática y negociadora, la vieja guardia conservadora reivindicó las gestiones de distensión con Perón, incluso jactándose de la acusación de “legalizar al gobierno”, que defendió como contribución a la depuración de los elementos “revolucionarios” del régimen¹².

Desde este grupo también surgieron críticas al acuerdo abstencionista con los sectores más radicalizados de la oposición. De este modo, Felipe Yofre cuestionaba

lo que yo llamaría la teoría del ave fénix o de la visión del profeta, la cual consistiría en que nosotros desapareciéramos ahora; que también se extinguieran los demócratas progresistas; que nos acompañaran en la defunción los socialistas y los radicales unionistas y que de todo este osario, de todas estas defunciones (...) naciera, así, un partido tan anacrónico como alguno de esos partidos un poco moderados, un tanto radicales y algo izquierdistas, que fueron tan comunes como inútiles en la República Española¹³.

Curiosamente, el rechazo del conservador Yofre a la amalgama opositora se asemejaba a los reparos que, desde un lenguaje ideológicamente opuesto, la intransigencia radical esgrimía para declararse contraria a la disolución de la UCR en un frente abstencionista sin más puntos en común que un antiperonismo ortodoxo. En uno y otro caso, por motivos bien diferentes, la vieja guardia conservadora y la intransigencia radical defendieron la supervivencia de sus respectivas identidades políticas frente al influjo de la “sobredeterminación” antiperonista.

Conclusiones

Peronismo y antiperonismo son identidades políticas constituidas recíprocamente; heterogéneas en su composición y prolongadas de diversos modos a lo largo del tiempo. En la medida que el peronismo se reactivó con facetas muy diversas en los últimos setenta años, también el antiperonismo se reveló como una identidad de características duraderas. Es cierto que “antiperonista” no necesariamente ha sido su nominación, pero como relato opuesto a la intervención del peronismo en la vida pública, adquirió rasgos positivos y regularidad en el tiempo.

Visto en el largo plazo, es innegable que la aparición del peronismo alteró el mapa de las fuerzas políticas predominantes hasta entonces en la política argentina.

¹² *La Nación*, “Actividad de los partidos políticos”, 21 de febrero de 1954, p. 2.

¹³ *La Nación*, “La situación en el P. Demócrata”, 12 de marzo de 1954, p. 2.

Para los conservadores, el partido que había gobernado en la década anterior, significó su eclipse definitivo como fuerza nacional. Para las izquierdas, abrió una larga historia que varió del rechazo abierto a diversas formas de aproximación. Por su parte, los radicales ocuparon el lugar de principales antagonistas al peronismo, pero indudablemente la imagen que hoy tenemos de la UCR como un partido vinculado a las clases medias y más de tipo “liberal-republicano”, es heredera de transformaciones identitarias que empezaron a manifestarse entre 1945 y 1955.

En virtud de su evidente heterogeneidad, algunos autores se han referido a la experiencia antiperonista como “sensibilidad” para referir a cierta cosmovisión u imaginario donde han convivido diversas trayectorias políticas. No obstante, desde una perspectiva de estudio de las identidades políticas, hemos recuperado la idea de una identidad antiperonista para indagar en el proceso de convivencia de diversos planos de identidad. En otras palabras, la intención no ha sido homogeneizar las diferencias de los grupos opositores a Perón, sino precisamente indagar en la relación entre las diversas identidades partidarias con su pertenencia a una identidad común más amplia.

En la conformación de la UD de 1945, las credenciales “democráticas” fueron muy relevantes a la hora de declamar el cese de las diferencias secundarias en pos de una unidad urgida por las circunstancias políticas. Los conservadores, en ese sentido, fueron vetados por los radicales para integrar la alianza, por considerar que estaban demasiado identificados con las prácticas fraudulentas de la década anterior. Diez años después, al calor de una radicalización que había alcanzado su apogeo con la aparición de prácticas de violencia política, la movilización opositora fue menos excluyente y no receló del protagonismo católico o de la inclusión de sectores nacionalistas con viejas simpatías por el Eje. A mediados de 1955, para ser integrado en las filas de la “oposición democrática” bastaba simplemente con ser antiperonista declarado.

El recorrido antiperonista, de todos modos, implicó tensiones al interior de sus fuerzas integrantes frente a las mutaciones y desplazamientos identitarios que exigía. Para los grupos que adherían programáticamente a las medidas que el peronismo popularizó como “justicia social”, implicó un arduo trabajo de diferenciación que básicamente sostenía la subordinación de dichos postulados al restablecimiento de un “marco democrático”. Para los grupos más radicalizados, como el radicalismo unionista o el socialismo, el final de la experiencia peronista se convirtió rápidamente en la premisa de cualquier debate sobre política pública. Ello los distanció de radicales intransigentes y de comunistas, quienes sostenían que la oposición al peronismo debía realizarse sobre ciertos principios que no resultaban siempre armónicos con la dirección intelectual y moral de la “oposición democrática”.

Por otro lado, los conflictos desatados al interior del radicalismo y el conservadurismo en torno a la adopción de la abstención electoral y el abandono de

las bancas parlamentarias son ilustrativas de las tensiones inherentes a la identidad antiperonista. En la segunda presidencia de Perón, las dirigencias de ambos partidos defendieron, desde posiciones ideológicas opuestas en el espectro izquierda/derecha, la supervivencia de sus respectivas identidades respecto a las presiones de sectores que reclamaban la acción concertada de toda la oposición para avanzar en la destitución de Perón.

A pesar del consenso generalizado que obtuvo en las filas opositoras, la caída de Perón en 1955 no detuvo las rispideces entre los grupos que las integraron durante más de una década; por el contrario, fue su salida la que abrió profundos interrogantes respecto a qué hacer con las masas peronistas y con el diseño del sistema político. De este modo, mientras que ciertos sectores sostuvieron incólume su apoyo a la proscripción del peronismo y a la “desperonización” impulsada por la “Revolución Libertadora”, otros cuestionaron el abandono de viejos postulados y en ciertos casos reexaminaron su relación con el fenómeno peronista. La identidad antiperonista, de este modo, inauguraría otra etapa en sintonía con las nuevas encrucijadas de la política argentina.

Referencias bibliográficas

Prensa

La Nación

La Prensa

Fuentes primarias

Babini, N. (1984), *Frondizi de la oposición al gobierno*, Buenos Aires, Celtia.

Codovilla, V. (1972), “El tipo de Revolución por cuya realización debe luchar la clase obrera y el pueblo argentino” [1948], *Trabajos escogidos*, Tomo I, Buenos Aires, Anteo.

Del Mazo, G. (1957), *El radicalismo. El Movimiento de Intransigencia y Renovación*, Buenos Aires, Gure.

Ghioldi, A. (1950a), *Marxismo, socialismo, izquierdismo, comunismo y la realidad argentina de hoy*, Buenos Aires, Ediciones Populares Argentinas.

Ghioldi, A. (1950b), *Los trabajadores, el señor Perón y el Partido Socialista / ¿Perón es progresista o retrógrado?*, Buenos Aires, La Vanguardia

Partido Comunista Argentino (1952), “A propósito del discurso del General Perón invitando a los trabajadores a formar un FRENTE POPULAR UNIDO para desbaratar los planes de la conspiración oligárquico-imperialista”, folleto, 25 de abril.

Fuentes secundarias

- Aboy Carlés, G. (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens.
- Aboy Carlés, G. y J. Melo. (2019). "Equivalencia, sobredeterminación, política", *Pensamiento al margen*, 10, 28-42.
- Altamirano, C. (2011) [2001], *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- Altamirano, C. (2002), "Ideologías políticas y debate cívico", en: J. C. Torre (dir.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 207-256.
- Amaral, S. (2008), "La renuencia de las masas: el Partido Comunista ante el peronismo, 1943-1955", *Documentos de trabajo*, 397.
- Azzolini, N. (2018). *Los tiempos de la democracia. Conceptos, identidades y debates políticos durante el primer peronismo (1943-1955)*, Villa María, Eduvim.
- Azzolini, N. y Julián Melo, "El espejo y la trampa. La intransigencia radical y la emergencia del populismo peronista en la Argentina (1943-1949)", *Papeles de Trabajo*, 5 (8), 53-71.
- Barros, S. (2011). "La crisis de la deferencia y el estudio de las identidades políticas en los orígenes del peronismo", *Papeles de Trabajo*, 5 (8), 13-34.
- Bisso, A. (2005), *Acción argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo.
- Carassai, S. (2013), *Los años setenta de la gente común*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- García Sebastiani, M. (2005), *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*, Buenos Aires: Prometeo.
- Grosso, A. (2009), *Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano*, Villa María, Eduvim.
- Halperín Donghi, T. (2006) [1964], *Argentina en el callejón*, Buenos Aires, Ariel.
- Herrera, C. (2016), *¿Adiós al proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- James, D. (1990), *Resistencia e integración*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Laclau, E. y C. Mouffe (2010) [1985], *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires, FCE.
- Laclau, E. (2005), *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.
- Macor, D. y C. Tcach (eds.). (2003), *La invención del peronismo en el interior del país*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.
- Martínez Mazzola, R. (2011a), "Justo, Korn, Ghioldi. El Partido Socialista y la tradición libera", *Papeles de Trabajo*, 5 (8), 35-52.

- Martínez Mazzola, R. (2011b), "Nacionalismo, peronismo, comunismo. Los usos del totalitarismo en el discurso del Partido Socialista Argentino (1946-1953)", *Prismas*, 15, 105-125.
- Nállim, J. (2014), *Las raíces del antiperonismo. Orígenes históricos e ideológicos*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Pasolini, R. (2013), *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Petra, A. (2017), *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, FCE.
- Persello, A. (2007), *Historia del radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa.
- Rosanvallon, P. (2007), *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Buenos Aires, Manantial.
- Semán, E. (2022), *Breve historia del antipopulismo. Los intentos por domesticar a la Argentina plebeya, de 1810 a Macri*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- Sigal, S. (2002), "Intelectuales y peronismo", en: J. C. Torre (dir.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 481-522.
- Spinelli, M. (2005), *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la "revolución libertadora"*, Buenos Aires, Biblos.
- Tcach, C. (2006) [1991], *Sabattinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba (1943-1955)*, Buenos Aires, Biblos.
- Torre, J. C. (2011) [1990]. *La vieja guardia sindical y Perón*. Buenos Aires: Ryr